

SER BORGES

(Manuscrito encontrado en la Galería del Este)

Marcelo N. Abadi

Buenos Aires, Argentina

Res. hispánica de cultura & literatura, aparecido en Confluencia
University of Northern Colorado,
Greeley, Colorado, Fall 1990,
vol. 6, n.º 1

Me sucedió una tarde, o una mañana, del ochenta y tantos, en la Biblioteca Nacional, allá en la calle México. (Nos confunden quienes hablan de la construcción de Avenida del Libertador y Austria.)

Estaba frente al fichero por nombre de autor, a la altura de la primeras letras del alfabeto; creo que ya me disponía a inscribir un pedido en el formulario que llevaba en la mano. De pronto, en un instante, sentí una explosión en el interior de mi cabeza, como si un relámpago y un trueno se hubieran perseguido por las circunvoluciones del cerebro. Dicen que el habitante de una casa bombardeada se pregunta por unos segundos, después del estruendo, si todavía está con vida; yo me pregunté cuáles habrían sido los estragos causados en mí por el estallido. Miré hacia abajo: el mundo parecía abandonarme, o yo a él, pero allí estaban, incólumes, mis piernas, y también mis pies, y la punta del bastón a su costado. La mirada ascendió, verifiqué la normalidad de brazos y tronco, y luego buscó un espejo en los ojos de lectores aburridos que levantaban la vista con aire ausente, o de serena estupidez. No eran muchos los que me observaban, y lo hacían con una curiosidad vaga que, pronto satisfecha, se volcaba luego hacia cualquier otra persona que se pusiera a una distancia razonable. Era dable concluir, por lo tanto, que la explosión, cualquiera hubiese sido su naturaleza, no había tenido consecuencias visibles en mi cara. Además, según comprobé, podía moverme normalmente, lado

derecho y lado izquierdo.

Pero a continuación me sacudió una ráfaga de preguntas: ¿qué hago aquí? (y aquí, ¿dónde es?), ¿de dónde vengo?, ¿a dónde debo ir? "Es un momento de desequilibrio mental", pensé para tranquilizarme. Sin embargo, esta expresión sólo logró aumentar mi inquietud: ¿no era acaso desequilibrio mental un eufemismo para designar la locura, y la locura una constelación de la que difícilmente se retorna? Empecé pues a inspeccionar mis facultades mentales, a pasarlas en revista, a tomarles examen. Los variados obstáculos que se interponen en el camino hacia un saber cierto, más aquellos (inherentes a la introspección) que resultan de la identidad de sujeto y objeto del conocimiento, no me impidieron arribar a algunas conclusiones firmes. Mis sentidos no parecían disminuidos: oía los cuchicheos, reconocí la rugosidad de los lomos de las enciclopedias hacia las que me dirigí, aprecié el aroma de una muchacha, y mi vista..., en fin, mi vista no era gran cosa pero probablemente fuera la de siempre. Mi aptitud para el razonamiento, que puse a prueba mediante unos ejercicios más o menos silogísticos, me pareció satisfactoria. (Claro que, como señala el primer párrafo del Discurso del Método, nadie se queja de haber sido dotado de escasa inteligencia.) ¿Y la memoria? Me recité versos, enumeré países y épocas, hice cuentas elementales. Evoqué algunas noches de la filosofía: aquella a la llegada de la cual el griego bebió la cicuta

rodeado de sus discípulos, entre los cuales faltaba Platón; aquélla en que sueña tres sueños en Alemania un joven soldado francés, el mismo hombre que años más tarde, sentado frente al fuego y sediento de certezas, duda de todo hasta descubrir que si piensa, existe; aquélla otra en que, según un alemán, todas las vacas son negras. En conclusión: recordaba. Por cierto, sólo disponía de jirones de conocimiento y no encontraba ningún criterio para establecer si yo era un hombre que había sabido mucho y mucho olvidado - un hombre culto, en suma - o un mero diletante. Pero recordaba.

Fue entonces cuando un súbito mareo (que, si bien en forma muy atenuada, se ha convertido en uno de mis atributos permanentes), un mareo, digo, pareció anunciar la evidencia de la alteración que ya no podía ocultármese más. Me miré, me palpé y pensé: esta cabeza, este tronco, estas extremidades, son yo; míos son los sentidos que verifiqué, la inteligencia que funciona, los conocimientos evocados; pero ser yo es algo más, es ser alguien, ¿quién es ese alguien? ¿Quién soy yo? ¿Quién fui? Sé que hay historia, conozco la de muchos reyes y pueblos, pero ignoro la mía; puedo enunciar varias definiciones del yo, del ego, del ich, del I, del *moi* (el detestable, según Pascal), pero ignoro mi yo, y si alguna vez seré un yo. Quedé desmemoriado, deshistorizado, *desyoizado*, y una fuerza que no puedo derrotar me hace insostenible este despojamiento.

Para recuperarme, pretendí encontrar un procedimiento que estimulara o, en caso necesario, reemplazase la memoria. Barajé una idea de la cual parecía derivarse un método idóneo: cada yo, pensaba, es un punto de vista singular sobre el mundo; no hay por tanto dos hombres con idéntico mundo; ahora bien, si logro determinar cuál es exactamente mi mundo, sabré cuál es mi yo. Previsiblemente, pronto advertí que, así encarada, la tarea no guardaría proporción con

mis posibilidades.

Intenté caminos más cortos, con resultados modestos, pero no inútiles. Por ejemplo, revisé mis bolsillos: en el interior derecho del saco encontré una lapicera fuente y una libreta con nombres y números telefónicos. En el interior izquierdo había una chequera del *Crédit Suisse*, con la dirección de su sede en Ginebra: 2, Place Bel-Air, pero -como chequera de buen banco de la patria de los conjurados- sin el nombre del cliente, verosímilmente yo. ¿Estaba acaso en Suiza? No; cada vez que aparecía alguien en la sala era escudriñado sin disimulo, recorrido con minucia de pies a cabeza, el recién llegado pronto devolvía la atención de la cual había sido objeto inspeccionando a su turno a todo aquel que estuviera al alcance de su mirada: Suiza no es una de esas pocas naciones en que semejante ritual pueda llevarse a cabo sin provocar asombro, reconvenções o aun disputas. Además, en un bolsillo del pantalón había pesos, o australes, y los murmullos que llegaban a mis oídos no eran tan suaves como para que yo no reconociera la lengua en que se proferían. Me encontraba en el Sur, en la ciudad cuyo idioma, por otra parte, yo conocía por lo menos tan bien como el del cantón de Ginebra. En otro bolsillo apareció un reloj (de los que ahora sólo se ven en raras ocasiones, por ejemplo sobre la mesa de un conferencista que quiere manejar sus tiempos); me sorprendió que me sorprendiera el hecho de que no se hubiera detenido en el preciso minuto de la explosión. En síntesis, sabía qué hora era, aun si esa circunstancia se me escapa hoy, y sabía que estaba en Buenos Aires, en la Biblioteca Nacional, como lo confirmaba, con grandes letras negras, el papel que en ese momento tenía frente a mí, apoyado sobre el fichero junto al cual había vuelto, el papel por medio del cual uno pide el libro que quiere consultar. (De haber empezado a completarlo, me lamenté, estaría leyendo en él los dos datos que más me importan: nombre y dirección;

y, además, un número vinculado con la identidad, si entendía bien.)

Después cometí una imprudencia. Me acerqué a un referencista, balbuceé unas disculpas y le pregunté si me podía ayudar a saber quién era yo. El hombre sonrió extrañamente y no contestó. Evidentemente, me tomaba por un loco, o creía que me burlaba de él.

Témí que el ataque de amnesia del cual había sido víctima fuera descubierto por un bibliotecario con vocación delatora: en ese caso, imaginé, terminaría sin duda en el manicomio. Se me ocurrió entonces discar alguno de los números de mi libreta y preguntarle a quien contestara si podía reconocer mi voz y darme informaciones sobre mí. Fui hacia el teléfono del pasillo. No funcionaba.

I have been here before,

me dije recordando otros amagos frustrados de comunicación y el verso del hermano de Christina. Y no insistí: creo que conjeturé que si la revelación de mi identidad me llegaba, por así decirlo, de fuera, sólo sería la de un concepto vacío, o la de ~~mi~~ número como el que exigía el papel que mencioné, mientras que si brotaba de un auténtico esfuerzo de reconstrucción me restituiría efectivamente un pasado personal y, con él, cierta consistencia, algún espesor.

La angustia no es buena consejera. Razoné, para aplacarla, que yo, o sea esa porción del universo de cuyo nombre me había olvidado, no representaba casi nada en comparación con los espacios, los tiempos y los libros que recordaba, y que, además de reducida, mi individualidad carecía de importancia, puesto que era apenas una convención, si no un modo de la sustancia única e infinita que San Baruch había visto en los cristales que labraba en su orgulloso exilio: ignorar el nombre de ese modo, de esa modificación, no me impediría ser lo que era.

Palabrerío. Para ser algo más que un imbecil discontinuo, necesitaba saber quién

había sido. Debía perseverar. La ardua persecución de mi identidad rescataría un nombre propio y, en sus letras, la cifra de mi pasado con todo su color y su perfume ahora perdidos. Por otra parte, me devolvería el hábito de vivir, ¡mi casa!

Pasé una mirada circular por las paredes de la sala, reconfortantemente cubiertas de libros: aquí está el saber -me dije-; los libros, los libros queridos me enseñarán quién soy, o me darán las claves para averiguarlo. Adoptaría, para recorrerlos, el orden (o el desorden) alfabético. Volví de inmediato al fichero y anoté en la papeleta que de nuevo tenía en la mano, y en otras que encontré sobre una mesa, los primeros libros de la letra A. Por suerte, el empleado que atendía las solicitudes no objetaba que yo dejase en blanco el renglón previsto para el "nombre del solicitante." Mientras esperaba los volúmenes requeridos, fui hacia la *Britannica* a leer el artículo sobre amnesia, sin decepción ni provecho. Me apuraba. Tuve, mientras leía, la sensación de que algunas palabras se incendiaban y que en seguida párrafos enteros trataban de escapar del fuego. Debí cerrar el tomo, dejar que se aquietaran las frases entre las duras tapas. Cuando los libros pedidos llegaron a mi mesa, ya estaba más tranquilo. Hojeé con prisa un estudio de Anathon Aall (*Die Philosophie der Gegenwart*) y pasé, más rápido aún, por los autores de apellido empezado con Ab. En pedidos posteriores incluí a Acevedo, Alberdi y tantos más. Observé que ni el sevillano, ni ninguno de los otros famosos anónimos figuraban en la A, interrogué a Arlt y Arreola, evité a Azorín.

Y seguí febrilmente, saltando a menudo páginas, capítulos, volúmenes enteros, seguí sin retroceder, seguí aun cuando a ratos me preguntaba si había hecho bien en elegir este procedimiento, si no hubiera sido preferible practicar sistemáticamente una de las vastas enciclopedias ilustradas que abría al azar cuando me tocaba esperar los libros que iba

pidiendo. Otras veces, en esos lapsos, con la misma envidia con que el potentado a quien acaban de diagnosticar una enfermedad grave observa a la pobre gente corriendo hacia un colectivo repleto, miraba yo el movimiento de los lectores, seguros de sí mismos y de la dirección que tomarían. A partir de cierta hora, sin duda avanzada, muchos de ellos se retiraban, como le decían al empleado haciéndome imaginarlos bajo la forma de paquetes autoportantes.

Por un altavoz se anunció luego que faltaban treinta minutos para que la Biblioteca cerrara. Yo sabía- mis piernas y mi bastón sabían- que al final del pasillo central, a la izquierda, hay una puerta que da a un pequeño bar habitualmente frecuentado por el personal. Fui allí a comer algo. Volví hacia el baño contiguo al salón de lectura y con justificada repugnancia me escondí hasta que cerró la biblioteca y dejaron de oírse las últimas voces. Sospechaba que podía haber algún sereno, pero de todos modos me arriesgué a salir. No me turbaron los espacios oscuros, ni los ruidos que se oyen en el silencio; caminé hacia las escaleras, esquivé a dos hombres que limpiaban los corredores y subí a un despacho del primer piso: en un sillón, y luego extendido sobre la alfombra, pensé y dormí libre de sueños. Pensé por ejemplo, con escasa compasión, en Rudolf Lingens, el amnésico extraviado en la biblioteca principal de Stanford, según algunas disquisiciones de filosofía analítica. El bueno de Lingens no sólo ignoraba quién era, aun leyendo su propia biografía, sino que tampoco sabía cómo salir de esa enorme, hermosa biblioteca, que no le resultaba familiar y cuyos mapas, si bien visiblemente colocados en cada uno de los varios pisos, carecían del clásico puntito con la leyenda "*you are here*", (o "ubicación de este mapa") lo cual, de acuerdo con la *Philosophical Review* de octubre del '79, le impedía decidir si bajar o subir. A menos que Lingens fuera semiciego, o que hubiera estado en las salas del sub-

suelo -aventuré despreciando dificultades-, habría podido ver el *cam* las ventanas, y, según mirara al norte sur u oeste, reconocer la torre Ho cuadrángulo, otra biblioteca-la M Crothers Halls; por otra parte, le ha resultado fácil hacer la prueba de subir por las escaleras, o tomar el ascenso está precisamente frente a los mapas, tar el botón del piso 1, que es el que Estados Unidos corresponde a la plant (Hay escenarios que recuerdo con predelectable.) Concluí que yo llevaba la ventaja de estar más ubicado que el Lingens, para quien la paradisíaca biblioteca de Stanford fue de pronto un laberinto por eso que dormí sin sueños; o tal vez sido porque, para que exista un sueño, existir un soñador, y éste debe ser un individuo mínimamente determinado.

De madrugada me oculté en otro hasta que, con la mañana, llegaron los meros lectores; al rato aparecí frente bibliotecarios como si viniera de afuera relataré mis melancólicas astucias, más piadas de un escolar travieso que del hombre mayor que soy, y tanto más irrisorias cuanto que, ahora lo sé, a menudo me escondía gente de la cual no tenía nada que temer. Tampoco diré (porque no lo recuerdo apenas si podría calcularlo por la disminución de mi dinero en favor del concesionario del bar) cuántos días o semanas duró búsqueda, a veces matizada por alguna transgresión al orden alfabético, pero por suerte concluida en la letra B, con resultado que ya referiré. Creo, en realidad que fueron sólo tres días, quizás cuatro.

Uno de los momentos más fructíferos de la indagación se dio a poco del comienzo de la B. En la edición de Viau (argentina pero francés) de *Las flores del mal*, ilustrada por Spilimbergo, releí la famosa "Invitación a un viaje." Allí el poeta propone subversiva, ostentuosamente, un viaje a un país esplendoroso. En ese país, en un aposento de e

país, asegura con fervor, todo hablará al alma en su "dulce lengua natal." Acaso existía, me dije, un lenguaje primordial, un lenguaje antes de las lenguas, o bien una forma de combinar las palabras tal que éstas hablen al centro secreto de cada alma: si descubro cuál es el idioma de mi alma, sabré algo más sobre mí, yo que no sé siquiera cuál es mi patria, yo que ando con esta chequera ginebrina en el bolsillo y leo el francés como leo el español o el inglés de la *Britannica*, a la cual acudo con renovado goce.

En horas o días siguientes avancé con buen paso a través de la B. De Bergson, releí *Matière et mémoire*, claro. Y a partir de ahí casi no me demoré en ningún libro hasta llegar a Borges, Jorge Luis. Pedí las *Obras completas*, que el bibliotecario me dio con un gesto de asombro, pienso ahora, ahora que puedo entender la causa de ese asombro. El ejemplar estaba bastante gastado. De la sobretapa, por ejemplo, sólo quedaba una solapa que, quizás por pura casualidad, marcaba la página 444 (Pensé, claro, en "La muerte y la brújula", en las cuatro letras del nombre, en los cuatro lados de los rombos de los arlequines, en el número de los asesinatos, en los cuatro puntos cardinales, etc.) Desde las primeras líneas sentí "la inminencia de una revelación." En uno de los poemas ingleses encontré la propuesta que repetí, entusiasmado, en voz alta:

I offer you explanations of yourself, theories about yourself,

authentic and surprising news of yourself.

Leí "El golem", y de un solo golpe de vista "Spinoza." Leí cuentos, ensayos, anotaciones, y de nuevo poemas. Lamenté luego no encontrar, aparte de las *completas*, algunas otras obras de Borges, así como unos estudios sobre él de los cuales recordaba apenas los títulos. Me dije: sin duda Lingens, en Stanford, habría encontrado (si se lo hubiera propuesto) mucho más material borgeano que yo aquí; la Nacional ha de haber tenido últimamente directores con es-

caso interés por Borges. Tan pocas obras de juventud; ni una de esas charlas con evocaciones de Ginebra, del padre, de Macedonio, de Xul; ninguno de los simposios prodigados en Norteamérica...

Leía y reconocía. Leía, y aun cuando creía estar ya harto de espejos, tigres, espadas y laberintos, me gustaba reencontrarlos a la vuelta de cualquier página. Leía, y en cada oración veía desplegarse una libertad que se convertía en necesidad. (El lenguaje es un sistema arbitrario de signos, sin duda, pero el hablante ingenuo siente el propio como una estructura necesaria.)

Esta, advertí de pronto, es mi lengua, mi lengua íntima, mi lengua argentina. Sólo éste es mi idioma; éstas son las palabras entrañables que habitaron siempre en lo más profundo, dispuestas según la sintaxis que tensa mi espíritu. Y luego: acá se leen mis inclinaciones, mis preferencias; acá mis reservas, mis perfectas antipatías. Reconozco también como propias las emociones que recorren subterráneamente estos textos. El universo se me aparece, punto por punto, tal como se le aparece a este autor. Comparto hasta la vocación suicida de los personajes, su curiosidad por la muerte, la ilusión de que a la llegada de ésta uno sabrá por fin quién es. Adhiero tan naturalmente a sus ideas, me siento tan consustanciado con sus perplejidades que... Y allí, feliz y exaltado como el griego que gritó "éureka", o como los diez mil de la *Anábasis* cuando vieron el mar y prorrumpieron en el unánime "*thálassa, thálassa*", más que él y más que ellos, seguramente, pronuncié en voz baja el resultado de mi busca de días o de semanas: "Soy Borges, Jorge Luis Borges." Fue un instante luminoso.

Salí más rápido que pude a la calle. Pasé delante del quiosco en que (recordé al verlo) me había provisto, unos días antes, de algunos someros instrumentos de higiene. Entré en el café y pedí una guía telefónica. De este modo averigüé mi dirección, en la

calle Maipú. Caminé hacia allí con alivio al principio, pero con renovada alarma después. No podía ignorar las consecuencias profundas y quizás insuperables del estruendo que había estremecido mi cerebro. Mediante un empeño extremo, había logrado deducir, deducir al modo de un geómetra, quién era yo. Pero ahora advertía que reconquistando mi identidad no recobraba mucho más que una unidad de leyenda y que, por otra parte, había perdido, además de muchas memorias, el manejo firme del lenguaje. Sentía que ya no podría escribir. Esa sensación no era nueva. Después del accidente de la Nochebuena del '38, en el sanatorio, ya la había conocido; en esa ocasión la había superado ensayando, con "Pierre Menard, autor del Quijote", un género hasta entonces no frecuentado por mí. Pero esta vez había seguramente un daño neurológico: difícilmente podría volver a escribir con cierta eficacia, cualquiera fuese el género o el idioma en que lo intentara.

Al llegar al Colegio Nacional, para evitar el tumulto de los estudiantes que bromecaban al pie de la escalinata, me crucé de vereda y seguí caminando con energía. Pasé sin detenerme por la Librería del Colegio. En la vidriera divisé un ejemplar de las *Obras completas*. Estaba flamante, claro, no como el de la Biblioteca. En la sobretapa, verde con letras blancas, había una fotografía en la que casi no me reconocí, como suele ocurrirnos. Tomé luego por Florida; doblé por Tucumán una cuadra a la izquierda y después ya caminé por Maipú. Crucé Viamonte y vi una agencia de cambios; pensé que necesitaba vender un cheque y que por suerte ya sabía el nombre del titular de la cuenta del *Crédit Suisse*. Entré mirando las cotizaciones registradas en la pizarra. Un espejo me hizo presente la suciedad de la camisa que llevaba puesta, las arrugas del traje, pero no me detuve. Apoyé la chequera sobre el mostrador y alcancé un bolígrafo.

Me atendió un levantino dulce, pero tremendamente movedizo, que pareció salir de un escondite. Declaró que no cambiaba cheques y después que no podía operar conmigo porque no me conocía, ni siquiera sabía mi nombre. Sin muchas esperanzas de hacerle mudar de opinión, murmuré: "me llamo Borges." El hombre levantó el mentón hacia mí, lo bajó, lo volvió a levantar y dijo excitadamente:

-Ah, ¿Borges? ¡Palabra mayor! Le cambio todo lo que quiera. Hasta mil dólares, le puedo cambiar, hasta doscientos: lástima, justo bajó el dólar, si venía antes le podía dar mejor cambio. Ah, *El Aleph*; che...palabra mayor...*El Aleph*.

No vacilé al firmar el cheque. Cobré el dinero argentino, dejé al cambista sin contestarle las preguntas que formulaba sobre la rentabilidad de mi oficio y salí a la calle. Avancé temblando de frío (quizás estuviera un poco afiebrado), y oprimido por la ansiedad: pensar que ubicaba mi casa por el número, que sólo a través de libros y revistas sabía de Beppo y de Fanny.

El portero - un suplente, tal vez-se deslizó en el ascensor detrás de mí, observándome con mirada inquisidora. Yo murmuré mi nombre; él apretó un botón y luego, cuando el ascensor se detuvo, me abrió sin demasiada gentileza. Tóqué timbre y una voz - la de Fanny, calculé-preguntó quién era.

-Soy yo-declaré con naturalidad. Hubo un momento de silencio; lo atribuí equivocadamente a la emoción. Después oí a la mujer consultando con alguien que estaba adentro si debía abrir. La voz de un hombre, una voz que me pareció conocida, ironizó sobre mi respuesta pero ordenó que se me hiciera pasar. En seguida lo vi a él, sentado junto al gato; tenía una expresión resignada, como si hubiera sabido que tarde o temprano yo volvería.

-¿Qué hace aquí? - lo interpele con tono quizás no bastante severo.

-Ah, es una entrevista. Pero, ¿cómo dijo

que se llamaba?

-Yo soy Borges. Más bien, ¿quién es usted?

-¿Qué coincidencia! Burgess también dice que tenemos el mismo apellido. El origen del apellido será común, por supuesto. El es Anthony y yo Jorge Luis; bueno, él tiene un nombre latino, porque es sajón, mientras que yo... Y dígame, ¿cuál es su primer nombre?

-Usted es un impostor- contesté modulando mi frase como un héroe de radionovela.

-Siempre lo sospeché - sonrió - Como el éxito y el fracaso, ¿no? Sí, aquella idea de Kipling según la cual el éxito y el fracaso son dos impostores es una idea cada vez más aceptada, pero sobre todo por los fracasados, eh. Recuérdeme ahora su nombre de pila, por favor.

-¿Todavía no se da por enterado? Soy Jorge Luis Borges, el escritor, el propietario.

-Caramba, siéntese, por favor. Discutamos un poco esto: es el tema del doble. En Alemania, al doble se lo llama *Doppelgänger*. Los escoceses...

Lo interrumpí sin contemplaciones; casi a los gritos le expliqué que en este caso no había duplicación alguna: había una realidad, por una parte, y una falsificación por la otra.

-En mis escritos - sostuve - el otro es una versión de mí mismo, un doble. No es nunca un verdadero otro; esta tarde, menos literariamente pero más incómodamente, sí lo es.

-Ah, ¿qué suerte! - contestó-. El encuentro con el doble es atroz. Claro que este encuentro resulta bastante sorprendente. Que yo me haya resignado a ser Borges, en fin, ¿qué podía hacer?; ahora, que alguien quiera liberarme de esa condena, bueno, es una propuesta muy generosa y la agradezco, pero a esta altura de la vida no creo poder aceptarla, ¿no? - Hizo una pausa y cambiando de tono, agregó -: Y ya basta por hoy; esto se está tornando ridículo: no reconozco su voz, Fanny lo ha recibido como a un extraño, Beppo no se le ha acercado. Creo,

señor, que usted está actuando a la manera del impostor inverosímil Lazarus Morell.

-¿No ve? El impostor inverosímil es Tom Castro - interrumpí triunfante. Usted ni siquiera conoce bien la obra. Si quiere, hagamos esta prueba: tomemos el libro verde veamos quién de nosotros recuerda mejor los nombre de los personajes de los cuentos. Ahora le voy a mostrar los títulos en que aparecen Lazarus Morell y Tom Castro; están en esa historia de la infamia que en alguna próxima edición lo debería incluir a usted.

El extraño se levantó. Temí que, acorralado, recurriera a la violencia. Dijo, y reconozco que con firmeza:

-Es suficiente, señor. Imagínese si voy a molestar a los amigos para hacerme leer líneas publicadas hace medio siglo y que en general prefiero olvidar. Ah, pero escuche: usted se propone leer; ignora que soy... que Borges, si prefiere, es ciego; a los fines de la lectura, desde el '55 más o menos.

No quise aceptar el argumento. Con desdén, con pedantería, le contesté:

-Sepa usted que para el escritor Borges todo desemboca en literatura o es recurso literario. Ni las perplejidades metafísicas valen más que por sus posibilidades estéticas, ni las lluvias de setiembre son épicas fuera del poema. Y la ceguera es un símbolo, una metáfora: de la nostalgia de una transparencia primera que, en el comienzo de los tiempos, habría tornado innecesarios los discursos, o de la pérdida de la esperanza tenaz, y sin embargo vana, de un idioma que alcance el núcleo de la realidad.

El hombre se dirigió hacia mí con alguna vacilación. Comprendí que no veía; avanzó no obstante casi sin ayudarse con su bastón, y anunció fríamente:

-Lo voy a acompañar a la puerta de calle. Dejemos este tipo de encuentros para los libros; usted se ha tomado demasiado en serio los juegos verbales. Y ésta es mi casa.

Recordé que, según Descartes, los ciegos,

para no pelear en desigualdad de condiciones, llevan a sus contrincantes a sitios oscuros. Me negué terminantemente a salir con el hombre.

- Nada de escenas buñuelescas - dije mientras imaginaba el espectáculo de dos ancianos luchando a bastonazos entre las paredes de un sótano polvoriento.

El se volvió a sentar. Yo seguía de pie y, mientras tomaba conciencia de mi formidable cansancio, imploré un argumento que pudiera vencer a ese hombre, o un medio para expulsarlo de Maipú. Repasé todo el episodio, desde el instante de la explosión que me estremeció en la Biblioteca. La forma en que había logrado reencontrar mi identidad me pareció satisfactoria. Me pregunté, no obstante, si el método de la investigación había sido realmente coherente con su resultado: el autor de "El Sur", en un caso similar, ¿se habría buscado en los libros o en la acción? En los libros, por cierto; el de la acción es el personaje, no el autor, concluí complacido.

Tuve un asomo de duda, con todo. La verdad entusiasmo menos que la falsedad y su triunfo, nunca asegurado, suele ser más lento. Fui admitiendo, en silencio, que se sumaban hechos que me debían hacer reflexionar. En primer término, la cortesía innegable del hombre. A continuación, que la mucama y el gato no me hubieran reconocido, y que yo no reconociese los muebles del living ni los retratos familiares. Luego evoqué al cambista: yo había percibido demasiado bien el debate entre sus buenos impulsos y, por otra parte, su temor de perder, su codicia; sí; demasiado bien para un poeta. (¿Y que pasaría con ese cheque, desaprensivamente firmado?) Además, me empezó a parecer considerable el peso del triste argumento de la ceguera. Finalmente, sonó el teléfono; me apresuré a contestar: era Bioy, pero ni reconocí su voz ni él la mía, y anunció, acaso alarmado, que vendría en seguida: sí a sus oídos había sido un extraño,

¿no lo sería también a sus ojos?

No obstante, mi convicción persistió. Ninguno de esos datos era concluyente. Ni siquiera el referido a Bioy. Podía haber una conjura. Fanny, o la mujer que creí que era Fanny, había bajado unos minutos antes; tal vez había hecho llamar por alguien que mintió ser Bioy. Quizás también había alertado a amigos peligrosos, a una organización, a los jerarcas de una secta...

Bajé sin saludar. En la calle, me pregunté si ir a la comisaría de Lavalle, a la de Suipacha, o a ninguna. Poco importa registrar ahora el variable curso de mis voliciones, de mi salud, de mis afectos. Poco importa la humillación de los trámites que emprendí. Todo eso ha dejado de ser pertinente. Porque he llegado al punto desde el que se entrevé que, en realidad, tampoco importa ser B., ser otro B., o ser X. o apenas otro X, Y acaso sea más feliz aquel hombre cuyo destino no incluya, como el de Homero o el de Milton, la ceguera y la poesía. Ocurre que soy el que descubrí que soy; aunque lo quisiera, ya no me olvidaría de ser Borges. Sin embargo puedo, como el aventurero del largo viaje, decir que mi nombre es Nadie.

Confirmé tiempo después, en definitiva con orgullo, que no era un hombre común el que se me había enfrentado en el departamento de la calle Maipú. Viajó a Ginebra, enamorado, y allí, revisando traducciones de mis escritos a la lengua de Verlaine, pesando el alma de las palabras que conocí tanto, se sumergió en el gran río, envuelto en una onda de rosas blancas. En ese río, hacia el que voy ahora a través de días calmados, lo encontraré pronto y lo saludaré, si allí se saluda, sin insistir en nuestra querella. Ahora sé que él, no menos que yo, ha paladeado en su mente y en su boca versos como el que acaricia

"Las traslúcidas manos del judío"

o el que da gracias

"Por el olvido, que anula o modifica el pasado"

y también

"Por las altas torres de San Francisco y de la isla de Manhattan"

o el que arriesga que

"Sólo una cosa no hay. Es el olvido,"

o bien frases como la que evoca "la cantante mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió", o como aquélla en que Dios le dice inolvidablemente a Shakespeare "mi Shakespeare." Que su mano no haya trazado las letras es un detalle. Ser Borges es haber vivido en ellas; no es ver sólo una densa neblina, honrar a sus mayores, cruzar la Cordillera para recibir una condecoración.

Y vuelvo a vacilar. Es lícito, es siempre lícito vacilar. El hombre de la calle Maipú,

por supuesto, podía ser tan Borges como yo, o como usted y quizás desde antes que nosotros. Razón de más para que me urja reunirme; sé, por fortuna, que falta poco para que lo tenga frente a mí de nuevo: le contaré entonces que mis (sus, o de usted) versos han sido más fuertes que algunas de "las altas torres de San Francisco", le informaré sobre el retorno de algunos restos, compararé con las de "Los teólogos" diversas equiparaciones y luego, si alude a la discusión que mantuvimos, le diré pausadamente: "Nuestras nada poco difieren." Nos reiremos un buen momento, si hay allí momentos.